

*Encontraron al niño
con María, su madre
(Mt 2, 11)*



P. Antonio Cano de Santayana Ortega

(1952 - 2025)

Antonio Cano nació el 8 de noviembre de 1952 en Madrid. Era el tercer hijo del matrimonio formado por Antonio Cano de Santayana y Batres y María Stella Ortega Fernández.

Creció en un hogar profundamente cristiano y lleno de cariño, junto a sus hermanas María del Carmen, María Stella, María Luisa y Mercedes. Residían en el número 83 de la calle Donoso Cortés, en el corazón de Madrid.

Antonio guardó siempre una honda admiración por sus padres, de quienes recibió una fe sólida, que integraba de manera natural la piedad eucarística con la preocupación por los más pobres; un gran amor a España y a Hispanoamérica, a su tradición cultural y religiosa; y, sobre todo, una ardiente devoción a la Virgen, que le acompañaría hasta el último suspiro de su existencia.

Infancia y formación escolar

Entre 1955 y 1958, Antonio asistía al Colegio Jesús Maestro, cerca de su casa, donde comenzó a dar muestras de un carácter vivaz y sociable. Continuó su educación en el Colegio Nuestra Señora del Pilar, en la calle Castelló, desde 1958 hasta 1969. Durante estos años, forjó amistades entrañables con José Esteban Verdes, a quien consideraba como un hermano, y con otros compañeros como Armada, Baztán o Pío García-Escudero. En su clase estaban también Calvo, Canto, Coll y Luis Díaz del Río, con quienes ya desde estos años disfrutaba de una de sus mayores aficiones: el fútbol.

El último curso del colegio, siendo apenas un adolescente, es investido como caballero en el Capítulo Hispanoamericano de Caballeros del Corpus Christi de Toledo, institución fundada en 1958 por Blas Piñar y el padre de Antonio Cano, a instancias del

cardenal arzobispo de Toledo, D. Enrique Plá y Deniel. Toda la vida sería fiel a su objetivo de mantener vivo el contenido histórico de la Hispanidad y, sobre todo, fomentar la adoración al Santísimo Sacramento del Altar.

Juventud: Formación académica y despertar vocacional

En 1968, Antonio concluyó su etapa escolar con tan solo 16 años, animado por el deseo de ser marianista como los sacerdotes de su colegio. Eran los años del postconcilio, en los que parecía cuestionarse la forma en que se percibían y vivían las vocaciones sacerdotales. En medio de un ambiente eclesial algo revuelto, sus padres decidieron buscar el consejo de D. Abilio del Campo, obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño, muy amigo de la familia.

Después de la consulta, alentaron a su hijo a continuar su formación académica antes de decidirse por el sacerdocio y le interesaron por la formación que se impartía en el Seminario de Toledo.



1. Boda de una hermana (1973)

En 1969, Antonio comenzó sus estudios universitarios en el CEU-San Pablo de Madrid, en la calle Julián Romea, obteniendo la licenciatura en Derecho en la Universidad Complutense en 1973. En esta época entró en contacto con el P. Jorge de la Cueva, S.J.,

quien fue el animador espiritual de numerosísimos jóvenes en su vocación religiosa o matrimonial. Este jesuita, profesor de Teología en el ICAI, le transmitió una pasión por san Ignacio y por la Compañía de Jesús que arraigaría profundamente en su alma.

El P. de la Cueva, que ya había fundado con algunos matrimonios la Congregación de la Asunción y San Fructuoso de Ingenieros del ICAI, encontró en Mari Carmen Cano de Santayana, en Fernando Menéndez Ros y en Antonio los pilares necesarios para iniciar una Congregación Mariana de jóvenes estudiantes, que desde entonces lleva el título de San Juan Berchmans. Junto a ellos se consagró perpetuamente a la Virgen María como congregante mariano, identidad que conservaría durante toda su vida, así como el contacto con las Congregaciones Marianas de la Asunción.

En estos años de estudio forjó fuertes lazos de amistad con algunos de sus compañeros, como Ignacio Oriol y Alfonso Mazariegos, con quienes acudía frecuentemente al estadio Vicente Calderón, en compañía también de su hermana M.^a Luisa (Sibi). Desde junio de 1976 se hizo socio del Atlético de Madrid; toda la vida mantuvo su identidad colchonera y los colores rojiblancos con una pasión y entusiasmo sorprendentes.

Lo cierto es que, aunque Antonio disfrutaba de las diversiones sanas propias de la edad, al terminar la carrera tenía ya clara su vocación sacerdotal. Aun así, cedió ante la insistencia de su madre y, al terminar la carrera de Derecho, decidió preparar la oposición de lo que ahora se conoce como Cuerpo Superior de Inspectores de Trabajo y Seguridad Social.

En 1975, Antonio y su hermana María Luisa aprobaron las oposiciones y fueron destinados a Bilbao durante algunos meses de prácticas. El 19 de mayo de 1978 tomó posesión de su cargo como Inspector del entonces Cuerpo Nacional de Inspección de

Trabajo. Recibió destino y el 31 de julio de 1978 se trasladó a Palencia. Su carrera profesional lo llevó a ocupar allí el puesto de Jefe Provincial de la Inspección de Trabajo, pero en 1979 renunció voluntariamente a su cargo para ingresar en el Seminario de Toledo.

Camino sacerdotal: Formación y ordenación

Antonio ingresó en el Seminario de Toledo en diciembre de 1979, cuando los seminaristas llevaban ya varios meses de curso. En aquella época, el Seminario de Toledo era conocido, junto a su firme defensa de la ortodoxia doctrinal, por una alta calidad en la formación intelectual y teológica, fruto de la prudencia pastoral y el amor a la Iglesia del cardenal D. Marcelo González Martín (1918-2004), quien supo llevar a cabo las reformas conciliares con un poco común equilibrio entre el respeto a la tradición y la renovación pastoral que pedía el Concilio.



2. En el Seminario de Toledo (1980)

En aquella época de sequía vocacional, el Seminario de Toledo atraía a jóvenes de toda España. En el edificio situado en la Plaza San Andrés 5, Antonio compartió años decisivos en su formación con

amigos que le acompañarán toda la vida, entre los que se encontraban Javier Igea, Pablo Cervera, José Ignacio Munilla (actual obispo de Orihuela-Alicante) o Gonzalo Mazarrasa.

En algunos de aquellos jóvenes seminaristas —procedentes, como el mismo Antonio, del ambiente de las congregaciones marianas— se percibía claramente la atracción que suscitaba en ellos el camino ignaciano, hasta el punto de solicitar al cardenal D. Marcelo el permiso para hacer un año de espiritualidad que profundizara en la experiencia del santo fundador de la Compañía de Jesús.

Con el permiso de sus superiores, durante el curso 1982-1983 aquellos fervorosos seminaristas se trasladaron a Oropesa (C/ Las Monjas 13) para imbuirse del espíritu ignaciano, bajo la dirección de otro recio jesuita: el P. José Ramón Bidagor. Aquel año de espiritualidad ignaciana estaba concebido como las probaciones que se hacían en el noviciado de los jesuitas, con el mes de Ejercicios, el mes de hospitales —durante el cual los novicios pasaban un tiempo sirviendo en hospitales o lugares donde se atendía a personas necesitadas, como leprosos o enfermos graves—, el mes de peregrinación —en el que tenían ocasión de practicar la pobreza, la penitencia y la confianza en Dios—, y otras prácticas espirituales.

La estancia en Oropesa constituyó un tiempo de gracia para todos los participantes y, en el caso particular de Antonio, fue una experiencia que marcó profundamente su vida espiritual. Además, durante ese mismo curso ayudó apostólicamente en la Congregación Mariana de la Inmaculada del Colegio *Compañía de María* en Talavera de la Reina, participando en reuniones, campamentos de verano, etc., donde se manifestó su don para conectar con las jóvenes y entusiasmarlas con un amor apasionado a Jesucristo.

Debido a sus estudios anteriores, los superiores decidieron convalidarle un curso, de modo que su estancia en el Seminario fue inferior a cinco años. Por fin, el 30 de septiembre de 1984 llegó

el gran día de su ordenación sacerdotal en la Catedral de Toledo, presidida por D. Marcelo González Martín, junto a compañeros como José Ángel Saiz Meneses (actual arzobispo de Sevilla), Domingo Oropesa (hoy obispo de la diócesis cubana de Cienfuegos), Enrique Conde, los hermanos Teodoro y Gonzalo Barrantes, Antonio Duarte, Jaime López Cepeda (+), Anselmo Vázquez y Valentín Velasco.

En el corazón de la Iglesia

Con gran generosidad y espíritu de servicio, el cardenal D. Marcelo sentía la responsabilidad de ofrecer presbíteros bien formados a la Iglesia y procuraba favorecer las condiciones para que muchos jóvenes sacerdotes prosiguieran su formación académica y doctrinal, incluso después de su ordenación. En el caso de Antonio, después del título de bachiller en Teología obtuvo la licenciatura en Teología Dogmática en la Universidad Gregoriana de Roma (1984-1986).

En las aulas de esta universidad jesuítica creció su amor a la Iglesia universal y su adhesión al Vicario de Cristo, que era entonces san Juan Pablo II, a quien tuvo la oportunidad de saludar personalmente acompañando al cardenal D. Marcelo en una visita. En la Gregoriana coincidió también con D. Ginés García Beltrán, quien sería más adelante su último obispo en Getafe.



3. San Juan Pablo II recibe a D. Marcelo y a Antonio en una audiencia en Roma

Durante su estancia en Roma, Antonio residió en el Pontificio Colegio Español de San José —donde, según su propio testimonio, estudió “como una fiera” —, y tuvo oportunidad de canalizar su celo apostólico en el trabajo pastoral acompañando a comunidades del Camino Neocatecumenal, con las que mantendría una gran amistad por muchos años, y colaborando como capellán de las religiosas Angélicas y de las Hermanas de la Cruz. Con ellas también mantendrá después el trato y les dará varias tandas de Ejercicios Espirituales en su casa de Sevilla.

En 1987 comenzó en la Gregoriana la Licenciatura en Derecho Canónico, pero al terminar el curso solicitó regresar a España, de modo que concluyó esos estudios en la Universidad Pontificia de Salamanca con una tesina sobre *la necesidad de la Iglesia para la salvación*, a la luz de los textos de la tradición, en el Vaticano II y en el Código de Derecho Canónico de 1983.

Familia unida en torno al Señor

Aunque siempre había tenido una relación muy estrecha con su familia —a la que quería muchísimo—, desde su regreso de Roma el vínculo se intensificó aún más. Antonio procuraba acompañarles cada año en las celebraciones navideñas familiares. En ellas no faltaban los villancicos, los momentos de oración ante el Nacimiento y el interés y cuidado apostólico de cada uno de sus sobrinos, a quienes orientó y estimuló en su vida cristiana durante toda su vida, con recomendaciones prudentes e invitaciones a participar en distintas actividades espirituales.

También procuraba reservar unos días para la familia en verano en la casa familiar en Parquelagos (Madrid), en Galicia o en cualquier otro lugar donde pasaran las vacaciones sus hermanas y respectivas familias. Entre ellos vivía como un sacerdote



4. Navidad de 1991 con sus padres y algunos sobrinos

ejemplar, y celebraba con todos diariamente la santa Misa. Aunque, para él, lo primero era la misión confiada por su obispo, siempre permaneció muy unido a sus padres, hermanas y sobrinos, propiciando la unidad de la familia en torno al Señor.

Apóstol de los jóvenes: Toledo (1987-1990)

La estancia de Antonio Cano en Toledo estuvo marcada por un compromiso apasionado con los jóvenes, los necesitados y su familia, dejando una huella imborrable en quienes le rodearon. Durante esos años, su vida reflejó una entrega inquebrantable al apostolado y al servicio, todo ello sostenido por una fe profunda y una conexión especial con la Virgen.

Desde su llegada en 1987 como Delegado Episcopal de Juventud en la archidiócesis de Toledo, Antonio asumió el desafío de

acercar la fe a los jóvenes. Ese mismo año, en colaboración con la archidiócesis de Madrid, organizó la primera Peregrinación Juvenil a Guadalupe, un evento que combinó espiritualidad, entusiasmo y el deseo de fortalecer los lazos entre los jóvenes peregrinos.

Antonio también comenzó a colaborar con el grupo Santa María de los Pinos, donde su carisma y energía revitalizaron las actividades pastorales. Su cercanía con las Hermanitas de los Ancianos Desamparados y sus candidatas, las entrañables “Martitas”, le permitió promover las vocaciones religiosas y extender su cuidado pastoral a quienes dedicaban su vida al servicio de los más vulnerables.

Con toxicómanos y Proyecto Hombre

A pesar de que hubiese podido vivir cómodamente, tal y como estaba acostumbrado por educación y por temperamento, tenía un gran amor a la pobreza real, por amor a Cristo pobre, y se esforzó siempre por vivir con una gran austeridad. Al igual que san Ignacio y los primeros jesuitas, no aceptaba de ninguna manera donativos o estipendios de las personas que, agradecidas por su labor sacerdotal, deseaban realizar alguna limosna, y atendía con predilección a aquéllos de los que sabía que, en lo humano, no podía esperar nada.

Su amor a Cristo se encarnaba de una manera concreta en el amor a los más pobres. Nunca indiferente a los que sufrían, Antonio abrió su corazón y su hogar a personas en situaciones límite. En su propia casa acogió a toxicómanos que buscaban una oportunidad de reconstruir sus vidas. Paralelamente, se involucró con Proyecto Hombre, ofreciendo apoyo y acompañamiento a quienes luchaban por superar sus adicciones.

Jornada Mundial de la Juventud de 1989

En agosto de 1989, lideró la participación de los jóvenes de Toledo en la Jornada Mundial de la Juventud en Santiago de Compostela, presidida por san Juan Pablo II. El evento no sólo fue una experiencia espiritual inolvidable, sino también una oportunidad para fortalecer la fe y el sentido de pertenencia a la Iglesia en los jóvenes que participaron.

“Se lo he pedido a la Virgen como regalo de aniversario”

El 30 de septiembre de 1989, Antonio vivió un momento que marcaría profundamente a algunos familiares. Ese día visitó a su sobrino Manolo, de 14 años, ingresado en Madrid con un diagnóstico de leucemia y un pronóstico sombrío de apenas 72 horas de vida. Conmovido, le aseguró a su hermana María Stella que había rezado fervientemente a la Virgen en el quinto aniversario de su ordenación sacerdotal, pidiendo su curación como regalo. Contra toda expectativa médica, Manolo se recuperó por completo y sin recaídas, un hecho que su familia atribuye a la fe y las oraciones de Antonio.

El accidente y la recuperación

En noviembre de 1989, Antonio sufrió un grave accidente de tráfico mientras conducía un modesto Seat Panda de regreso desde Salamanca. Las lesiones requirieron una operación de urgencia y una larga convalecencia en casa de sus padres, donde, con paciencia y fortaleza, afrontó el proceso de recuperación. Él mismo atribuyó al accidente la pérdida de muchos recuerdos de

los años previos, pero nunca permitió que esta dificultad le alejara de su misión pastoral.

Asimismo, durante estos años comenzó a colaborar con el movimiento de Cursillos de Cristiandad, un apostolado que continuaría en sus destinos posteriores. Su paso por Toledo dejó un legado de entrega generosa, fe inquebrantable y amor por los más necesitados, características que definieron toda su vida.

En Talavera de la Reina (1990-1993)

Cuando Antonio Cano llegó a Talavera de la Reina en 1990, enviado por D. Marcelo, comenzó una etapa vibrante y transformadora en su misión sacerdotal. Este periodo estuvo marcado por su capacidad para inspirar a los jóvenes, fortalecer la vida parroquial y cultivar una vida espiritual basada en el amor personal al Señor, según la devoción al Corazón de Cristo.



5. Visita familiar a Antonio en la casa de Talavera (1992)

Antonio llegó inicialmente solo al barrio de Santa María, una zona humilde de la ciudad. Allí se dedicó a conocer de cerca las necesidades de la comunidad y a sembrar las primeras semillas de su apostolado. Poco después, se unió a otros dos compañeros y amigos, Carlos Sobrón y Arturo José Otero, con quienes formó un equipo sólido y comprometido para atender a los jóvenes de Talavera.

Uno de los hitos más memorables de su estancia fue la organización de la Adoración Eucarística los viernes por la noche en la parroquia de San Ildefonso. Su entusiasmo y su amor vibrante a Jesucristo contagiaba a quienes acudían a las Horas Santas. Este espacio de oración pronto se convirtió en una cita inamovible para los jóvenes de la ciudad. En una época en la que los jóvenes se alejaban en masa de la práctica religiosa, aquella iglesia se llenaba cada viernes, y los sacerdotes no dejaban de confesar a jóvenes que buscaban encontrarse con Dios.

Por otra parte, tras el éxito de la peregrinación a Guadalupe en 1991, fundaron el grupo de *Peregrinos de María*. Este movimiento, dedicado a jóvenes, se caracterizó desde el principio por un ambiente de gran ilusión y alegría, que podía palpase en momentos especialmente intensos, como los primeros campamentos, peregrinaciones, pascuas y ejercicios espirituales. En ellos, los tres sacerdotes fueron introduciendo a los jóvenes en la vida cristiana (oración, dirección espiritual, diversión sana, etc.), de modo que el Señor y la Virgen fueran poco a poco ocupando el centro de sus vidas.

Antonio también contribuyó a la creación de la Coordinadora Católica de la Juventud en Talavera. Este proyecto unió a jóvenes de diversas parroquias y colegios, incluyendo el colegio de las religiosas de la Orden de Nuestra Señora (Colegio *Compañía de María*) y el de las Madres Agustinas. La coordinadora fomentó el

trabajo conjunto entre comunidades y promovió un espíritu de unidad y colaboración, sentando bases sólidas para el apostolado juvenil en la ciudad.

Encuentros y peregrinaciones: Czestochowa (1991) y Fátima (1992)

En agosto de 1991, aquel incansable equipo sacerdotal fomentó la participación de la archidiócesis de Toledo en la Jornada Mundial de la Juventud en Czestochowa, Polonia. Este encuentro con san Juan Pablo II dejó una marca imborrable en los jóvenes talaveranos, que regresaron a casa con renovada energía espiritual y un compromiso más profundo con su fe.

En 1992 iniciaron una tradición que se convertiría en una de las más queridas de su legado: las peregrinaciones con jóvenes a Fátima. Estas peregrinaciones, que continúan realizándose anualmente más de 30 años después, no sólo son un viaje físico, sino también una experiencia de encuentro con María y de profundización en la vida espiritual.

Se incorpora a la Fraternidad

Durante estos años, Antonio se unió a la Fraternidad Sacerdotal en el Corazón de Cristo, fundada en 1985 por otro de sus compañeros del Seminario, D. Francisco Cerro (actual arzobispo de Toledo), con la orientación del P. Luis M.^a Mendizábal, S.J.

El eje central de esta fraternidad es la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, entendida no tanto como una práctica piadosa, sino como una forma de vivir el sacerdocio desde el amor, la reparación y la entrega total. Esta espiritualidad,

promovida y enriquecida por el P. Mendizábal, enfatiza la necesidad de los sacerdotes de unirse al Corazón de Cristo, fuente de misericordia y redención, para ser instrumentos de su amor en el mundo.

Con el tiempo, el trato con el P. Mendizábal, que se había iniciado en sus años de seminarista, se fue haciendo más asiduo, fomentando en él una espiritualidad profunda centrada en el amor del Corazón de Jesús y una ardiente pasión por san Ignacio.

Apostolado en las Congregaciones Marianas

El P. de la Cueva, buen conocedor de Antonio desde sus años universitarios, le pidió que ayudara como sacerdote a los jóvenes de la Congregación de la Asunción de Nuestra Señora y San Juan Berchmans. Con su fervor y entusiasmo característicos, Antonio participó durante años en retiros, campamentos y otras actividades, y tuvo una importancia decisiva en la formación de muchos de estos jóvenes, actuales matrimonios de la Congregación de San Fructuoso.

En 1996, fue nombrado capellán de las Montañeras de la Asunción, con quienes compartió actividades y campamentos como los de Marañón, Río Arbillas y Hortigosa de Cameros. Su labor fue crucial en el crecimiento espiritual de las montañeras. Para ellas organizaba convivencias en la hospedería de las Carmelitas Descalzas de Duruelo, Arenas de San Pedro, La Aldehuela...

Además, es en esta época de su vida cuando Antonio, a través del P. Mendizábal, entra en contacto con la fundadora de la Compañía del Salvador, la venerable Madre María Félix, por quien siempre mostró un singular aprecio y veneración. La sintonía con

las religiosas de la Compañía —a quienes dirigió varios retiros— y su particular carisma con los jóvenes propició que dirigiera varias tandas de Ejercicios Espirituales extraordinariamente fervorosas a las alumnas y congregantes del Colegio Mater Salvatoris de Madrid en la Casa de Espiritualidad de Mota del Marqués (Valladolid); más adelante, también lo haría a las mismas religiosas, entre las que ya se encontraba su sobrina Mercedes, que en el año 2015 le convenció para que viajara a Venezuela para dirigir dos tandas más de Ejercicios en Caracas y Maracaibo.

Todas estas actividades, junto a una generosa entrega a la dirección espiritual, fueron un verdadero semillero de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. A lo largo de su vida, Antonio ayudó en el discernimiento vocacional de numerosos jóvenes, entusiasmándolos con el seguimiento total de Jesucristo y respetando siempre su libertad.

Director espiritual del Seminario de Santiago (1994-1996)

En 1994 Antonio fue cedido temporalmente a la archidiócesis de Santiago de Compostela. A petición de don Antonio M.^a Rouco Varela, entonces arzobispo de la diócesis, asumió allí el cargo de director espiritual del Seminario, desempeñando un papel vital en la formación de los futuros sacerdotes y forjando algunas amistades que se conservarían en el tiempo, como las de Santiago Pérez, Ricardo Vázquez, Javier Porro...

Durante aquel destino, su relación con las Carmelitas Descalzas de La Coruña fue especialmente cercana. De hecho, incluso después de finalizar su estancia en Galicia, continuó siendo el confesor extraordinario de la comunidad durante varios años.

Getafe (1996-2007)

A petición de D. Francisco Pérez y Fernández-Golfín, primer obispo de Getafe, Antonio fue destinado al Seminario de esta nueva diócesis, donde dejó una impronta duradera como director espiritual. Compatibilizó esta labor con su colaboración como vicario en la parroquia de San Sebastián de Getafe (1996-1998), donde se ocupó sobre todo de la atención pastoral de los jóvenes y fue también capellán de la Fundación Jesús y San Martín hasta 1999.

En 1996 fue nombrado capellán de las Carmelitas Descalzas del convento de La Aldehuela, donde creció su devoción por santa Maravillas de Jesús y los grandes santos carmelitas. Aun así, la semilla de una vocación netamente ignaciana fue arraigando en él, incentivada por el testimonio de tantos buenos jesuitas como trató a lo largo de su vida; ya hemos hablado de lo PP. Mendizábal, Bidagor, de la Cueva..., pero también habría que nombrar a otros santos y sabios jesuitas, incansables operarios e intelectuales de la talla de Cándido Pozo, Carlos Valverde, Manuel Iglesias, Xavier Ilundain... Antonio llegó a pedir el ingreso en el noviciado de la Compañía de Jesús, pero su petición fue desestimada; los superiores jesuitas valoraban sus cualidades humanas y espirituales, pero pensaron que no sería capaz de adaptarse a los cambios operados en la Compañía tras la Congregación General XXXII: “La Compañía en la que tú quieres entrar, simplemente, ya no existe”.

Vicario Episcopal de Religiosas

D. Francisco Pérez quiso que Antonio Cano formara parte del Consejo Presbiteral de la diócesis de Getafe, y también lo designó como Vicario Episcopal de Religiosas. Durante este periodo,

ayudó a facilitar la llegada de las Clarisas de Soria a Valdemoro en febrero de 2000, reforzando y revitalizando la vida espiritual del monasterio.

La relación de Antonio con la comunidad de Clarisas del Monasterio de Santo Domingo (Soria) comenzó con una Pascua juvenil en la Semana Santa de 1998, en la que la mayor parte de las jóvenes participantes acabarían ingresando en algún monasterio; estas convivencias se repetirían durante varios años, con gran fruto. De hecho, Antonio veía con alegría cómo su sobrina Miriam encontró su vocación en esta comunidad, atraída por el testimonio alegre de pobreza y fraternidad de unas religiosas que, con gran generosidad y arrojo, ayudaron a reforzar otros conventos, como los de Valdemoro o Medinaceli, e incluso fundaron otros en tierras de misión, como Zimbabwe y Mozambique.

También como Vicario de Religiosas, en el año 2002 Antonio intercede para que las Hermanas de la Fraternidad Reparadora, fundadas por el P. Mendizábal, comiencen su misión en pueblos de la diócesis de Getafe. Durante nueve años atendieron las parroquias de Pelayos de la Presa y Cenicientos y, años después, las de Belmonte de Tajo y Valdelaguna.

Desde su cargo, apoyó la iniciativa de otro de sus antiguos compañeros de Seminario, D. Jesús Sanz (actualmente, arzobispo de Oviedo), que en el año 2000 fue nombrado director del Secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada de la CEE y puso en práctica diversas iniciativas para ayudar en la formación teológica y litúrgica de las religiosas, sobre todo de las comunidades contemplativas.

Con estas acciones, Antonio Cano cumplió su responsabilidad como Vicario Episcopal y además dejó una huella en la vida espiritual de la diócesis y en el corazón de varias comunidades

religiosas de distintas sensibilidades. Su dedicación, generosidad y espíritu de servicio continúan siendo un ejemplo vivo de fe y comunión en el seno de la Iglesia diocesana.

Fallecimiento de sus padres

Es en esta época, concretamente en 1997, cuando Antonio vive con un espíritu de fe y amor admirables el fallecimiento de su madre, que murió santamente rodeada de todos sus hijos.

Desde entonces, aunque las necesidades materiales y la atención a su padre estaban aseguradas, al terminar las tareas apostólicas Antonio acudió cada noche a dormir a la casa paterna, trasladándose allí desde el Seminario de Getafe para cuidarlo con ternura y dedicación, costumbre que perduraría hasta el fallecimiento de su padre en el año 2001.

En la homilía de su funeral, que presidió con gran emoción en la parroquia de Santa Rita de Madrid, recordó algunas anécdotas de la vida de sus padres, especialmente relacionadas con la Eucaristía y con los apuntes de los Ejercicios espirituales que practicaban cada año. En ellos se recogía una frase que Antonio haría suya hasta las últimas consecuencias: “Dios mío, yo quiero decirte un sí que sea para siempre...”.

Pese a estas pérdidas, continuó sirviendo con entusiasmo su misión, siendo consiliario diocesano de Cursillos de Cristiandad (2005-2008) y confesor de las religiosas de la Orden de Nuestra Señora durante una década, desde la fundación del colegio-convento en Valdemoro en el año 2003.

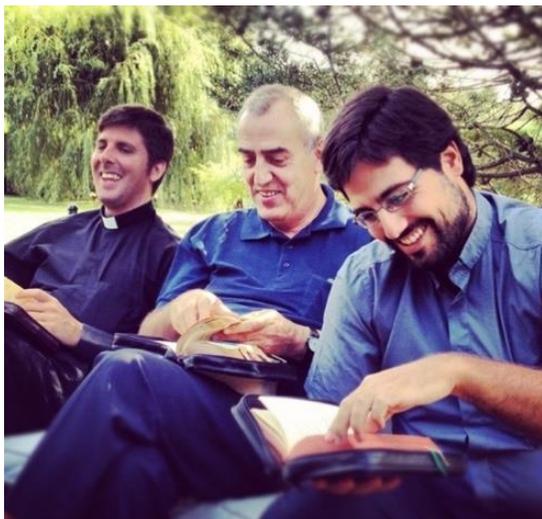
En Leganés (2007-2019)

En 2007, Antonio fue nombrado párroco de la parroquia Virgen Madre en Leganés. Según él mismo confesaba, disfrutó de la vida de sacerdote “normal” de parroquia, revitalizando la vida parroquial y ofreciendo una amistad y paternidad espiritual sobre muchas personas.

Aunque comenzó a manifestar problemas de salud, con un deterioro cognitivo que al principio se atribuyó a una falta de riego cerebral, continuó guiando su comunidad con dedicación, ayudado por otros sacerdotes más jóvenes, como Julián Lozano, Álvaro Aceituno, Andrés Castellano y Fernando Burgaz.

“Amigos en el Señor”

En el año 2007 Antonio Cano se sumó a un grupo de sacerdotes de la diócesis de Getafe, los autodenominados “Amigos en el



6. Convivencia de Amigos en el Señor

Señor”, que pidieron ayuda al P. Mendizábal para vivir su ministerio “al estilo de san Ignacio”. El padre Mendizábal los acompañó hasta su muerte en 2018 con una charla mensual de espiritualidad, con la ayuda de su dirección espiritual, participando con ellos en algunas de sus convivencias y

ofreciéndoles una tanda de Ejercicios que se desarrolló en Toledo, los días 10-19 de enero de 2007. Antonio asistiría durante 15 años a todas las actividades del grupo, hasta que la enfermedad se lo hizo imposible.

En 2013, fue nombrado consiliario de Acción Social Empresarial (ASE), una asociación de empresarios y directivos católicos, de la que era presidente D. Luis Hernando de Larramendi. Esta asociación tiene como objetivo configurar desde una perspectiva cristiana la actividad del empresario y las estructuras más adecuadas para construir un orden social más justo y humano, según la Doctrina Social de la Iglesia.

En Pinto

(2019-2021)

En 2019 fue trasladado como vicario parroquial a Santo Domingo de Silos en Pinto, donde atendió a las Madres Capuchinas y otras realidades



7. Con su sobrino Tonecho en el estadio Metropolitano

parroquiales. Su párroco, D. Carlos Díaz Azarola, estuvo muy pendiente de él en aquellos años en los que el deterioro se iba haciendo cada vez más visible.

Finalmente, en 2021 fue destinado a la Basílica del Sagrado Corazón del Cerro de los Ángeles, donde continuó confesando y celebrando la Eucaristía mientras que su salud se lo permitió.

Durante ese curso, residió en la Casa Sacerdotal con su sobrino sacerdote.

Con las Hermanitas

En el verano de 2022, que pasó con sus hermanas, era patente y grave la mengua de sus facultades: Antonio ya no podía valerse por sí mismo. Siguiendo el consejo del médico, la Dra. Covadonga del Pozo, que le cuidó durante sus últimos años con extraordinaria dedicación, fue ingresado en una residencia, la de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados (calle Duquesa de Tamames, 8, Madrid). Desde el primer momento, las Hermanitas y el capellán, D. Ignacio López-Vivié, le acogieron y cuidaron con inmenso cariño y delicadeza.



Última fotografía de la familia con Antonio esta pasada Navidad (22 de diciembre de 2024)

Los últimos años de su vida han sido difíciles para él, pero damos gracias a Dios porque el Señor le ha sostenido con serenidad y paciencia; y porque —a pesar de los sufrimientos y dolores— ha estado acompañado a diario por sus hermanas y ha recibido

frecuentes y cariñosas visitas de su familia, amigos, compañeros sacerdotes y también de su obispo, D. Ginés García Beltrán, y su obispo auxiliar, D. José María Avendaño.

Antonio ha fallecido el día 16 a las 21:00 horas, cuando las Hermanitas terminaban de rezar el Rosario alrededor de su cama. Terminan para él las fatigas de este mundo y confiamos que la Virgen—Puerta del Cielo—abra las puertas de la Gloria a este hijo suyo congregante y sacerdote tan querido, a quien podemos aplicar las palabras de San Pablo:

“He peleado la noble batalla, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe” (2 Tim 4,7).



9. Antonio rezando en la capilla de la residencia



Descanse en paz